

—Soy Luca, «el Cazador». Me conocéis muy bien. Durante muchos años no os he dejado ni oler las exquisitices que guardamos aquí. —Calla un momento mientras mira fijamente a la mosca y al ratón, quienes, a su vez, no bajan la mirada. Y continúa: —Pero ahora habrá cambios. Ya soy viejo y no me gusta vivir así.

—Así que, si alguien pudiera simplemente abrir la biblioteca —prosiguió Bonita—, estoy seguro de que Phillip estaría encantado de volver a su casa. De hecho, bastaría con que Serafina espolvoreara sus páginas con un poco de polvos mágicos y dijera algunas palabrejas y, en un abrir y cerrar de ojos, estaría de nuevo en el libro.

—Tranquilos, tranquilos. No me mueve de aquí —dijo. Y lo repitió en el idioma desconocido de los dos intrusos. Luego, recuperó su sonrisa distinguida y deferente y repitió: —No, no soy español. Claro que no. Yo soy rumano, de Transilvania, exactamente de un pueblecito llamado Sighisocara. Pero es que tengo mucha facilidad para los idiomas. ¿No os dais cuenta

reía, que era lo bueno.

En el último partido, tanto Melfrén como Taliz se habían quedado dormidos, y el público se marchó del campo de juego en silencio; unos por respeto y otros para gastarles una broma a sus soberanos. Melfrén y Taliz no se despertaron hasta el día siguiente. No parecía que nada pudiera turbar aque-

Bonifacio y Udolfo, después de haber rescatado tesoros, rescatado a princesas, desenterrado sortilegios y vencido a caballeros, se dirigían, se supone que felices, al reino de Cascarabajo a pedir la mano de la sin par Rigoberta. Digo *se supone* porque ninguno de los dos aparentaba mucha alegría. A Udolfo la cara le llegaba hasta los pies y Bonifacio a ratos sonreía y a ratos ponía un gesto de tristeza, como de perro abandonado, que ponía nervioso al jugador.

Los monstruos se miran unos a otros, horrorizados ante la idea de ver aparecer a Juana en la puerta de la torre. Así que, dando gritos de pavor, se lanzan escaleras abajo.

Caminan por los corredores del castillo apretujados unos contra otros. Se oye el castañeteo de sus dientes. El pánico les invade.

Cuando llegan a la puerta...

Esta es la historia de un chico bueno y trabajador que vivía con sus padres en una isla del Pacífico. Los tres habitaban junto al mar en una pequeña choza de pescadores. Aunque el joven salía todos los días a pescar, muchas veces volvía a casa con la canoa vacía.

—Que un niño muy especial, tu hermano, se baja regalos del cielo para convertirse de que se los trae vuestra madre.

—¿Qué quieres decir?

—Que es Pablo quien, sin saberlo, se hace a sí mismo esos obsequios.

Andrés y Clara avanzaron algo más...

«...toc, toc...» sonaba en el bosque. Beltrán se detuvo, inquieto. Sin embargo, no había motivos para preocuparse, a pesar de que un raro pájaro hacía cosas raras: con su pico, afilado y largo, golpeaba el tronco de uno de esos árboles, a los que Beltrán llamaba guardianes del bosque.

—¿Qué haces? —preguntó el erizo con voz de asustado.

Kika no se cansa de oír hablar del circo. Después de cenar incluso instala un campamento provisional en la habitación de Dani y le obliga a contar la función una y otra vez hasta muy entrada la noche: las acrobacias de los trapacistas a una altura de vértigo; la mujer que lanzaba anorchas ardiendo por los aires con los ojos vendados y después las recoge; el tigre que saltaba sobre el lomo del elefante mientras al payaso se le caían los pantalones del susto; el domador que metía la cabeza en la boca del león...

A pesar de haber elegido el cuarto creciente como momento ideal para trasladarse a la Luna, Kika sabe que entre los cien grados bajo cero y los cien grados sobre cero hay muchas temperaturas posibles, y que no podrá sobrevivir a ellas sin la ropa apropiada. Así que se le ocurre que, además de la roca lunar, quizá podría llevarse prestado el traje espacial de la exposición.

—¿Su disfraz de erizo se usará?



«No llevaban mocasines como los indios apaches o los comanches, sino zapatillas de piel muy calientitas que jamás se quitaban, ni de día ni de noche. Solo cuando bajaban a los valles más cálidos, des- cosían las costuras de sus zapatillas para refrescarse un poco los pies.

—Si no lo hacemos —insistía el abuelo, atacando por otro flanco—, ese monstruo continuará comiéndose y torturando a los niños, ¿es que no te das cuenta? ¡En tus manos, en nuestras manos, está la posibilidad de librar de esta amenaza a todos los niños del mundo! ¡Si nosotros lo cazamos, nadie podrá llamar al Hombre del Saco nunca más! ¡Los niños podrán vivir felices sin esa amenaza!

De pronto, a Kika se le ocurre una idea: —Oye, Dani: Si pudieras pedirte un personaje de cuento, ¿cuál elegirías? —le pregunta a su hermano.

—¿Qué quieres decir?

—Los niños están nerviosos por su visita —explica la señorita Marina en un intento de proteger a su clase—. Siempre levantan la mano antes de hablar. Pero, como usted mismo ya ha podido comprobar, su atención, y también el respeto de la señora Ramos... parecen haberlos alterado un poco.



—¡Vuestras artes mágicas no cesan de maravillarme, hermosa doncella! —exclama, con los ojos abiertos como platos—. De haber sabido dónde se encontraba vuestro castillo, habría ido a visitaros. Pero, por mi señora Dulcinea, ¡esta es la más fa-

—El rey Todobombo me ha dicho que un pulpo gigante acecha en esa puerta. ¿Y qué pensáis que puedo hacer yo ante esa fiera? Vosotros habéis sido capaces de construir toda esta magnífica ciudad bajo el agua con vuestra avanzada tecnología... ¿y no podéis librarnos de la amenaza de un simple pulpo? Seguro que tenéis cañones submarinos, o fusiles láser, o...

Quién sabe cuántos secretos escondía el oscuro túnel de la línea 1. Quizá allí se escondía el felino fantasma... Me estremecí. Seguimos las huellas por el estrecho andén que discurría junto a las vías. Nos introdujimos en el túnel.

Octopuss estaba libre.

Emocionado, abrazó a Metomentodo. Después empezó a gesticular con los tentáculos y comprendí que intentaba comunicarse. Lo observamos atentamente, intentando interpretar su extraño lenguaje...

Violet sacudió la cabeza: —No es sólo el lema de Ratford. ¿Os acordáis? Esta frase está grabada en la entrada de la Cámara del Dragón... O sea, que es una inscripción muy antigua, anterior a la fundación de la universidad. —Violet hablaba. Paulina tecleó algo en el

Marcelo, con el tiempo, llegó a dominar el oficio de barbero. Se había convertido en un joven de aspecto agradable, quizá algo corto de talla, pero de especial donaire. Lo que más destacaba de él era su abundante mata de pelo negro y rizado, como una coliflor tejida, y su personal bigote, tieso y puntiagudo, que se alargaba hasta casi tocarle las orejas. Conservaba, sin embargo, su cara de diablillo juguetón.

Cada día aparecían en clase dos o tres hadas madrinas nuevas. La Seño suspiraba y no decía nada. Con tantas señoras pequeñas flotando en el aire, era difícil leer la pizarra. Alarico, fascinado, las esparataba con la mano pero, un momento después, volvían a estar ahí. Si al menos pudiese saber cómo pero qué val! Cu-

Emily Dickinson: «Todo lo que se puede decir del amor es que el amor es todo». Y bien, ¿cuál es el Secreto de nuestra familia? ¡El Secreto es que todos nos queremos, y sabemos que podemos contar los unos con los otros! Miró a los ojos uno por uno.

—Es por la MAREA alta —explicó Paulina—. Cuando vinimos el mes pasado, había marea baja, y la playa era mucho más ancha. Pero a esta hora la marea está en el punto más alto, y ha cubierto la entrada de la gruta. Para entrar... ¡tendremos que sumergirnos bajo el agua!

—¡UUUAAAAAAAAHHH! —rugió una mujer de aspecto maligno con un ajustado vestido de lycra morada y un cuello apolillado de piel sintética.

Jorge y Berto dieron un grito de horror.

Emitiendo feroces gruñidos, la mujer trepó hasta la casa del árbol. Jorge y Berto la reconocieron inmediatamente a la luz de la luna.

—¡Señora Pichote! —dijo entrecortadamente Jorge—. ¡Qué... este... qué vestimenta tan preciosa se ha puesto!

«Nosotros, habitantes de Villarsimplona, os notificamos que a partir de hoy somos de nuevo inteligentes y os pedimos con gran interés que consideréis esto con la debida seriedad».

estaba!
puerta principal. Y estaba furioso. ¡Vaya si lo
Carrasquilla estaba esperándolo de pie ante la
Cuando al fin se dignaron aparecer, el señor
cuela.
hecho, incluso llegaron un poco tarde a la es-
para lavarle el coche y repararle el tejado. De
garon temprano a casa del señor Carrasquilla
A la mañana siguiente, Jorge y Berto no lle-

—Cada lunes, el profesor saca un nombre de una caja. La persona elegida, que esta semana soy yo, es la líder de la semana y cuenta su vida.

Y todos tienen que decir por qué

Fray Perico compró un lápiz y un sacapuntas, y fray Olegario le puso a hacer palotes como si fuera un chiquillo. ¡Qué palotes! Parecían culebras y renacuajos. ¡Qué siete! ¡Qué agujeros en el papel! El burro le ayudaba a veces borrando con su áspera lengua los garabatos mal hechos, pues fray Perico no tenía goma.

—Tienes razón, Benjamín. Entonces, para los ratoncitos pequeños como tú bastan cinco objetos. Es más, ¿sabes qué haremos? ¡Cada vez que enseñemos un juego fácil, adecuado para los pequeños, pondremos un símbolo con tu carita!

